

y pues de la vecindad
tanto me temo, y te temes,
porque al vulgo no declares
lo que te quiero y me quieres ;
«Véte, amor, véte,
»mira que amanece.»

Si el sol en saliendo barre
la aljófar que el campo tiene,
también de mi lado quita
la perla que me enriquece :
lo que á otros parece día,
á mi noche me parece ;
pues luégo que sale el alba,
la noche de ausencia viene.
«Véte, amor, etc.»

Si quieres echar raíces
al pasatiempo presente,
sin que el aire de envidiosos
tan presto no nos lo lleve ;
si quieres que nos veamos
como esta vez muchas veces,
donde á letra vista pago
lo que te debo y me debes.
«Véte, amor, etc.»

Deja los dulces abrazos,
que si entre ellos te entretienes,
un mal nos podrá dar largo
aqueste contento breve.
Un día de purgatorio
no hace mucho quien le tiene,
pues la esperanza de gloria
sus graves penas descrece.
«Véte, amor, vete.»

ROMANCES JOCOSOS



X I

(De D. Luis de Góngora)

Con ropilla y sin camisa,
aunque no por no tenella ;
que una que le dió su madre
le perdió la lavandera ;
su jubón por zaragüelles,
y el sombrero por chinelas,
y por reparo del cierzo
una capa de bayeta ;
al sol, que, muerto de risa,
de lástima le calienta,
esto cantaba Hernández
cosiendo sus pedorreras :
— ¡ Desdichado del hidalgo
que con sombra de nobleza
y con falta de dinero
viene á pleitear á esta tierra !
Soy de Cangas de Tineo ;
desciendo por línea recta
del infante don Pelayo :
¡ Ved qué honrada descendencia !

Y agora por mi desdicha
 soy venido á aquesta tierra,
 do traigo sobre una mora
 un pleito con una vieja.
 Levántame la falsaria,
 ¡Jesucristo me defienda!
 que fuí malo de mi cuerpo
 en un molino con ella;
 y aun el falso testimonio
 no pára aquí, porque llega
 á que con doce testigos
 prueba que estaba doncella.
 No sé quién jurar tal pudo;
 defienda Dios mi inocencia,
 que bien sé que soy de carne
 y tengo algunas flaquezas.
 Mas decid, testigos falsos,
 ¿cuándo en Castilla la Vieja
 vido el cielo cuervos blancos
 ni doncellas montañesas?
 Dejando el pleito á una parte,
 ya que el pleito no me deja,
 aunque no para medrar,
 para echar la sarna fuera:
 á ruego de buenos hombres,
 ¡pluguiera á Dios no los viera!
 asenté con un pleiteante
 en San Martín de la Vega.
 Por la costa concertamos
 de serville esta cuaresma,
 do á pura fuerza de ayunos
 me ha convertido en poeta.
 Pensarán que estoy burlando:
 pues no es así como quiera;
 que del trato de mi amo
 hago agora una comedia.

Toda la primer jornada
 trata de que nunca almuerza;
 la segunda, que no come;
 la tercera, que no cena.
 Estos forzosos ayunos
 me han tornado la cabeza
 más liviana que una caña,
 y me han helado la vena;
 y tiéneme de tal suerte
 la forzosa penitencia,
 que no quiero decir más,
 ni puedo, aunque más quisiera.

II

Defensa jocosa de Nerón y del rey D. Pedro
 de Castilla

(De D. Francisco de Quevedo)

Cruel llaman á Nerón,
 y cruel al rey don Pedro,
 como si fueran los dos
 Hipócrates y Galeno.
 Estos dos sí, que inventaron
 las purgas y cocimientos,
 las dietas y melecinas,
 boticarios y barberos,
 matalotes fueron crueles
 y ministros del infierno,
 abreviadores de vidas
 y datarios de tormentos;
 que Nerón tuvo buen gusto,
 don Pedro fué justiciero,
 si cohechados y ladrones

no pusieran lengua en ellos.
 Si inventaran estos dos
 esperar y tener celos,
 las mujeres de por vida,
 la gota, hacerse viejos;
 cantar mal y porfiar
 y templar los instrumentos;
 el pedir de las busconas,
 las visitas de los necios:
 justicia fuera llamarlos
 crueles la fama en extremo;
 pero si no lo soñaron
 es contra todo derecho.
 Tuvo Nerón lindo humor
 y exquisito entendimiento;
 amigo de novedades,
 de fiestas y pasatiempos.
 Dicen que forzó doncellas;
 mas de ningún modo creo
 qu'él encontró con alguna
 ni qu'ellas se resistieron.
 Quisole Suetonio mal,
 pues le llamó deshonesto
 porque adoraba á su madre,
 siendo obligación hacerlo:
 notóle de que comía
 sin cesar un día entero,
 y es pecado que á la sarna
 pudiera imputar lo mismo.
 ¿Mató Nerón muchos hombres?
 ¡Más son los qu'el sol ha muerto,
 y llámanle hermoso á él,
 y á estotro le llaman fiero!
 Gustó de quemar en Roma
 tanto edificio soberbio,
 dejando así castigada

la soberbia, para ejemplo.
 Quemó la débil grandeza
 que atesoraban los tiempos,
 y á la vanidad del mundo
 quiso mostrar su desprecio.
 Si á Séneca dió la muerte
 siendo su docto maestro,
 hizo lo que una terciana
 sin culpa pudo haber hecho.
 No es mucho que se enfadase
 de tantos advertimientos;
 que no hay señor que no quiera
 ser en su casa el discreto.
 Quitó á Lucano la vida;
 mas no le agravió por eso,
 cuando inmortal le acredita
 con la fama de sus versos.
 Pues don Pedro el de Castilla,
 tan valiente y tan severo,
 ¿qué hizo sino castigos,
 y qué dió sino escarmientos?
 Quieta y próspera Sevilla,
 pudo alabar su gobierno,
 y su justicia las piedras
 qu'están en el candilejo.
 El clérigo desdichado
 y el dichoso zapatero
 dicen de su tribunal
 las providencias y aciertos.
 Si doña Blanca no supo
 prenderle y entretenerlo,
 ¿qué mucho que la trocase,
 siendo moneda en su reino?
 Era hermosa la Padilla:
 Manos blancas y ojos negros;
 causa de muchas desdichas,

y disculpa de más yerros.
 Si á don Tello derribó
 fué porque se alzó don Tello,
 y si mató á don Fadrique,
 cuenta le tuvo el hacerlo :
 de su muerte y otras muchas
 sabe las causas el cielo ;
 que aun fuera mayor castigo
 si rompiera su silencio.
 Matóle un traidor francés,
 alevoso caballero :
 vido Montiel la tragedia,
 y el mundo le lloró muerto.
 De emperadores y reyes
 no hablan mal nobles y cuerdos ;
 qu'es, en público, delito,
 y no seguro, en secreto.
 Esto dijo un montañés
 empuñando el hierro viejo
 con cólera y sin cogote,
 en un Cid tinto un don Bueso.

III

(De D. Francisco de Quevedo)

—Parióme adrede mi madre,
 ¡ ojalá no me pariera !
 aunque estaba, cuando me hizo,
 de gorja naturaleza.
 Dos maravedís de luna
 alumbraban á la tierra ;
 que por ser yo el que nacía,
 no quiso que un cuarto fuera.
 Nací tarde, porque el sol

tuvo de verme vergüenza,
 en una noche templada
 entre clara y entre yema.
 Un miércoles con un martes
 tuvieron grande revuelta,
 sobre que ninguno quiso
 que en sus términos naciera.
 Nací debajo de Libra,
 tan inclinado á las pesas,
 que todo mi amor le fundo
 en las madres vendederas.
 Dióme el León su quartana,
 dióme el Escorpión su lengua ;
 Virgo, el deseo de hallarle,
 y el Carnero su paciencia.
 Murieron luégo mis padres ;
 Dios en el cielo los tenga,
 porque no en aqueste mundo
 á engendrar más hijos vuelvan.
 Tal ventura desde entonces
 me dejaron los planetas,
 que puede servir de tinta,
 según ha sido de negra ;
 porque es tan feliz mi suerte,
 que no hay cosa mala ó buena,
 que aunque la piense de tajo,
 de revés no me suceda.
 De estériles soy remedio,
 pues con mandarme su hacienda,
 les dará el cielo mil hijos
 por quitarme las herencias ;
 y para que vean los ciegos,
 pónganme á mí á la vergüenza ;
 y para que cieguen todos,
 llévenme en coche ó litera.
 Como á imagen de milagros

me llevan por las aldeas,
 si quieren sol, abrigado,
 y desnudo, porque llueva.
 Cuando alguno me convida,
 no es á banquetes ni fiestas,
 sino á los misacantanos,
 para que yo les ofrezca.
 De noche soy parecido
 á todos cuantos esperan
 para molerlos á palos;
 y así inocente me pegan.
 Aguarda hasta que yo pase,
 si ha de caerse, una teja;
 aciértanme las pedradas,
 las curas sólo me yerran.
 Si á alguno pido prestado,
 me responde tan á secas,
 que en vez de prestarme á mí,
 me hace prestarle paciencia.
 No hay necio que no me hable,
 ni vieja que no me quiera,
 ni pobre que no me pida,
 ni rico que no me ofenda.
 No hay camino que no yerre,
 ni juego donde no pierda,
 ni amigo que no me engañe,
 ni enemigo que no tenga.
 Agua me falta en el mar,
 y la hallo en las tabernas;
 que mis contentos y el vino
 son aguados donde quiera.
 Dejo de tomar oficio,
 porque sé por cosa cierta,
 que en siendo yo calcetero,
 andarán todos en piernas.
 Si estudiara medicina,

aunque es socorrida ciencia,
 porque no curara yo,
 no hubiera persona enferma.
 Quise casarme estotro año
 por sosegar mi conciencia,
 y dábanme en dote al diablo
 con una mujer muy fea.
 Si intentara ser cornudo
 por comer de mi cabeza,
 según soy de desgraciado,
 diera mi mujer en buena.
 Siempre fué mi vecindad
 mal casados que vocean,
 zapateros que madrugan,
 herreros que me desvelan.
 Si yo camino con frío,
 se abrasa en fuego la tierra,
 y en llevando guardasol,
 está ya de Dios que llueva.
 Si hablo á alguna mujer
 y le digo mil ternezas,
 ó me pide ó me despide,
 que en mí es una cosa mesma.
 En mí lo picado es roto,
 ahorro, cualquier limpieza,
 cualquiera bostezo es hambre,
 cualesquier color vergüenza.
 Fuera un hábito en mi pecho
 remiendo sin resistencia,
 y peor que besamanos
 en mí, cualquier encomienda.
 Para que no estén en casa
 los que nunca salen de ella,
 buscarlos yo solo basta,
 pues con esto estarán fuera.
 Si alguno quiere morirse